

Una palabra desmonetizada

Es muy natural que las palabras más serviciales de cada época sean de contornos inciertos, capaces de adoptar las formas diversas que, en su afán de servir, toma el sentido acuñado en ellas. Son las más usadas, es decir, de las que más se abusa. Las monedas también se desgastan con el uso, pierden sus contornos y hasta su efigie; varía, asimismo, su significación y su valor. Una de las palabras que más se ha prestado hacia el abuso en nuestra época ha sido sin duda el vocablo “nación”. Los autores clásicos decían nación en el sentido que hoy decimos pueblo. A lo largo del siglo XIX y a lo ancho del siglo XX, la nación ha significado otras muchas cosas, ha llegado a no saberse lo que es una nación, se ha extraviado en sus derivaciones y deformaciones: nacional, nacionalizar, nacionalidad, nacionalismo. Una nación no se define por su lengua, ya que hay naciones distintas con el mismo idioma (ingleses, norteamericanos) y diferentes idiomas con igualdad de condiciones en una misma nación (Suiza, Bélgica). Ni tampoco se define por las costumbres de sus hombres, que pueden ser muy diversas. La religión hubiera podido definirla en otro tiempo; en el nuestro, aparte de que dentro de las naciones más civilizadas conviven las religiones más opuestas, la nación se ha inventado una religión para su uso particular pero que es igual en todas las naciones; esto es lo que paradójicamente tiene de singular. Luego diré dónde y cuándo nació. La raza en América mejor que en las demás partes del mundo se sabe que no sirve para la definición de nacionalidad.

Como sucede siempre que no se puede definir satisfactoriamente una cosa, se han acumulado sobre la cosa “nación”, las definiciones, las aproximaciones. Renán, de quien por cierto debiera difundirse hoy *El porvenir de la ciencia* escrito hace más de un si-

glo (en 1848, bien que no se publicó hasta 1890), escribió todo un opúsculo para contestar lo más científicamente posible a la pregunta: ¿Qué es una nación? Su respuesta fue considerada como la más aproximada. Tenía en ella cuenta de todos los factores contribuyentes, si no decisivos: la raza, la lengua, la religión, las costumbres, etc... de un conjunto humano formado en el mismo pasado y tendido hacia el mismo porvenir. Hago esta síntesis brutal que inevitablemente fuerza el pensamiento siempre tan matizado de Renán, porque hace ver rápidamente su fondo histórico. Si ahora se considera a la historia de otro modo que la consideraba Renán, se sigue considerando a la nación como él la consideraba en función de la historia. No obstante, para crear y también para resucitar una nación lo primero que se necesita no es tener ni un pasado común ni un porvenir parejo. Lo primero de todo es tener una oficina. El primer instrumento que necesita tener un constructor o restaurador de nacionalidades es una burocracia. En los tratados diplomáticos después de las guerras de nuestro siglo hemos visto surgir naciones provistas de todo, desde luego de Estado, la obra genuina de los burócratas, y a su vez de pueblo, lengua, tradición, religión, leyendas, historia...; han surgido, ya hechas, prefabricadas por la burocracia nacionalista. Y en las naciones más establecidas, construidas y acabadas el nacionalismo ha encontrado medio de añadir por obra de los burócratas sus obreros de Estado, nuevas construcciones y caracterizaciones nacionales. Europa se reía antaño de España porque los españoles hacían de un torero un héroe nacional; actualmente los boxeadores, los futbolistas, los deportistas de todas las naciones son considerados héroes nacionales, sin que haga ni siquiera falta que sea nacional el deportista de que se trate.

Las naciones tienen la buena o la mala costumbre de apropiarse de lo que no es suyo, pero lo curioso es que consideran que es suyo porque no han hecho más que ponerle su nombre inevitablemente como un adjetivo pues el sustantivo, mejor dicho: lo sustantivo, es lo que se han apropiado. Naturalmente en este orden de ideas, mejor dicho: de palabras, siguen la línea del menor esfuerzo para su realización. Nacionalizar las riquezas nacionales de un país, lo que tiene no es tarea fácil; en cambio claro está que es facilísimo nacionalizar lo que no tiene. Así, con la escasez de materias que las guerras causaron en Europa, las naciones nacio-

nalizaron enseguida lo que no producían, por ejemplo el café. Cada nación europea tuvo su café al que llamaba café nacional y que en efecto era nacional pero no era café. La religión nacional ha sido una religión auténtica y tuvo su primer culto en la nación tildada de ser la más escéptica. Francia había iniciado ya este culto con el Panteón de los hombres ilustres, lo ha culminado, ha creado en nuestro tiempo una última religión, la nacional con el culto perpetuo que se rinde en el centro de París al soldado desconocido.

Veamos el otro lado de la moneda o palabra “nación”. Cuando se constituyeron los Estados Unidos de América pasó desapercibida la novedad trascendental de que el nombre de una nación no era tanto el de un país (se dijo vagamente América, nombre continental que luego ha habido que precisar —América del Norte— y no se ha precisado del todo) como el de una organización: Estados Unidos como el que se emplea escuetamente. Ciento cuarenta y un años después se constituye en Rusia una nación y en su título el nombre del país desaparece por completo, se dice: Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. Durante el interregno, la vieja Europa al crear una nación se rompe la cabeza, hace un rompecabezas para darle un nombre con arreglo a la concepción de lo que aún se tenía, de lo que era eso que en el siglo XIX se dijo la Doble Monarquía del Imperio Austro-Húngaro, y en el siglo XX se ha hecho de Bohemia, Moravia, Silesia y Eslovaquia o de Servia, Croacia y Eslavonia, nombres de países nostálgicos, esas horribles denominaciones burocráticas de Checoslovaquia y Yugoslavia, respectivamente. Las dos naciones triunfantes de la última gran guerra, la Unión Soviética y los Estados Unidos no responden a la idea hecha, sino definida de lo que es una nación. Con sus magnitudes, cantidades y variaciones de medios y hombres son más que naciones. Son mundos China, India que se perfilan en el porvenir a continuación de aquéllas; han sido siempre nombres de mundos y lejanías, no de naciones sin horizontes como las europeas, las cuales tenían que ir a buscarlos a las colonias. El nuevo nacionalismo surgido en Asia, África, Oceanía y en el Mediterráneo resulta en un nacionalismo no de nación, de mundo, es un mundialismo, como también sucede en el Perú si el nacionalismo se refiere al país profundo y a los pueblos remotos.

(*Expreso*, 14 de febrero de 1962)